

aire frío, se escapó, por fin de su pecho, ya no un grito, ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Jiró el mundo al rededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.

CAPÍTULO IX.

LOS POLLOS HACEN DE LAS SUYAS.

SOLEIDAD salió corriendo de la casa, y apenas hubo andado el largo de la calle, [moderó su marcha y empezó á entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño Arturo, decía, él sacará á Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar á pegarle! ¿esto no se puede aguantar! ¡y todo por el Don José de la Luz, por ese taimado del compadre! Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Soledad no tardó mucho en encontrar á Arturo. Estaba en Fulcheri.

—¿Qué hay? exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una muger queria hablarle.

—Quiere ver á usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un vol-au-vent de ostiones y dos copas de Madera, en union de Pio Prieto, un pollo que mas adelante daremos á conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, á quien dió orden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pio Prieto.

—Chico, ponte en pié, la cosa es grave.

—¿Qué sucede? dijo Pio Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pellos son *muy hombres*.

—De un raptó, le dijo Arturo al oido.

—¡Hombre! exclamó Pio Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos á casa por mi revólver, ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo*, dijo Pio Prieto, para afectar serenidad.

Salieron, llegaron á la esquina de los portales y Arturo dió tres palmadas.

—¿Coche? preguntó Pio Prieto, pero si ya es muy tarde: espera, allá viene uno, es de los de *la busca*.



Pio Prieto y Arturo.

Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez á doce. Son los coches que quedan esperando lances de á esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos y la criada; dió orden Arturo de parar en su casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero fieltro, se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento despues paraba el coche á la puerta de la casa de Doña Lola.

—¿Qué hacemos? preguntó Pio Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos á Concha.

—Pero, su madre!

—La matamos.

—Hombre, ¡qué barbaridad! ¿y Don José?

—Tambien lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pio Prieto.

—No, chico, no me digas: que donde haya hombres....

—Pues aquí hay un hombre y una muger, subamos.

—Adelante, dijo Pio Prieto.

Al acabar de subir la escalera se encontraron á Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pio Prieto y Soledad.

—No respira, dijo Arturo.

—¿Muerta? preguntó Pio Prieto temblando.
—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno, nos la llevaremos al coche.

Arturo en lugar de contestar, levantó á Concha por la cintura.

Pio Prieto la levantó también.

Soledad procuraba arreglarle la ropa, la tomó sus preciosos piés, que iba acariciando en la oscuridad.

Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían: solo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo, que se dirigía á la puerta de la calle.

Pio Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los piés.

Ya llegaban al zahuan, cuando se oyó en medio del pátio una carcajada.

Los pollos estuvieron á punto de soltar la carga.

—Es Casimira! dijo Soledad, es la bizza malyada, que todo lo ha visto; pronto, pronto!

Aquella carcajada tenia algo de siniestro.

El grupo llegó á la puerta á tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se llevan á la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines! Adios, Conchita la sacristana, adios primor, mosquita muertal! ¡Adios!

Don José de la Luz y Doña Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? preguntó Doña Lola.

—¡Que ha de suceder! contestó Casimira desde el pátio, que se llevan á la niña Conchital

—Pero, ¿quién es la sacristana? preguntó Don José.

—Ella, decia Casimira, su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, Don José, corra usted, ahí están en la puerta: ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hijal! gritó Doña Lola; ¡Don José de mi alma!

—Voy corriendo.

Y Don José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el pátio, corrió, se lanzó hácia la puerta y saltó á la banqueta á tiempo que partía el coche.

—¡Corre, ó te mato! se oyó gritar á Arturo; y en seguida tronó el látigo del cochera.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalacion, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detras del coche gritando, ¡atájenlo! pero sus gritos no se oían, hasta que al fin se paró, falto de aliento, sin poder ni gritar, ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venia corriendo.

—No..... los pude..... alcanzar..... rugió Don José.

Doña Lola tampoco podia hablar por la fatiga, y se sentó junto á Don José.

Estuvieron esperando á que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente á sus pulmones.

El aire les dió gusto y le permitió decir á Doña Lola:

—¡Ay, Don José!

Y á Don José le permitió el aire contestar:

—¡Ay, Doña Lola!

Esta escena patética terminó porque Don José y Doña Lola se fueron por donde habian venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó Doña Lola, la bizca la dijo:

—En el 3 vive el *ispetor*, ¿voy á llamarlo? preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, Don José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo, sepamos con quien se fué.

—¡Cómo con quién! con el niño Arturo, ¡con quién habia de ser! con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted? Doña Lola, dijo Don José.

—Quiere decir que me la tenian amasada, dijo Doña Lola, poniéndose en jarras, pero ya lo verán, que buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrin, dijo Casimira. ¿Llamo al *ispetor*?

—Espérate, se apresuró á decir Don José. Subamos, Doña Lola y hablaremos del asunto: por ahora cerraremos.

—¿Pero, quién les abrió? preguntó Doña Lola.

—¡Vaya! exclamó Casimira, la Soledad, la del 14, que tambien es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espiano, por señas que se han llevado á Conchita privada.

—¡Privada! gritó Doña Lola. Si le habrán dado un bebiestro, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No, dijo Casimira, es que le dió sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalabró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene.....

—¿Qué dice usted, Don José?

—¿Qué dice usted, Doña Lola? ¡qué desgracial

Ya algunos vecinos habian despertado, y otros entreabrian sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podia para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece á usted que hagamos, Don José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo ó dejarlos, no hay mas.

—¡Dejarlos! pues no faltaba mas!

—Porque..... vea usted. Si meneamos la justicia, á la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo, sale de la cárcel, y.....

Intempestivamente, Doña Lola lanzó un aullido, y despues otro y despues otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa: el aullido es característico en la muger del pueblo; el mentado dó de pecho y el mí bemol, son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como Doña Lola.

No bien hubo esta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡que se desahogue! Déjela usted, Don José.

Con esta sancion de Casimira, Doña Lola tomó aliento, se lució.

Y aquel aullido, vibrando en los aires, sonoro y prolongado, fué la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razon, la causa de aquellas notas altas.

No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo, dijo una.

—Era preciso, dijo otra vecina.

—¡Vaya! á mí eso no me coje de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse: yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fué?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche ¡pues no!

—¡Ah!..... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada, vale mas buen acomodo que mal casamiento, así fué mi madre y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de Doña Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.